

allí sus días ; pero, tan dócil á las órdenes de su padre espiritual cuanto había sido sumisa en la penitencia que le había impuesto, díjole solamente que, puesto que Dios le había hecho la gracia de perdonarle sus pecados, no había hecho otra cosa desde su entrada en aquella celda, que ponerlos como un monton delante de sus ojos, contemplarlos sin cesar y llorarlos mientras los consideraba. Tambien por esto, le dijo Pafnucio, y no por el rigor de vuestra penitencia, Dios os los ha perdonado.

Tais no sobrevivió mucho á su salida de aquella especie de carcel. Quince dias después, su alma fué libertada de la de su cuerpo, y fué á gozar de la felicidad que Dios le había preparado. Los Griegos honran esta santa penitente el 8 de octubre, como tambien los Latinos.

En cuanto á Pafnucio, sus actas no dicen ni en qué año murió. Rufino indica solamente que, perseverando en una muy austera penitencia, se le apareció un ángel y la invitó á seguirle á los eternos tabernáculos, en donde los profetas se preparaban para recibirla. Al dia siguiente de esta aparicion, añade el mismo historiador, fué el último de su vida ¹.

SAN MUCIO ó PATERMUCIO,

PENITENTE Y ABAD EN LA BAJA-TEBAIDA,

Y COPREZ, SACERDOTE Y ABAD, SU DISCIPULO ¹.

Todo fué maravilloso en Mucio, á quien se llama tambien

¹ Algunos Latinos hacen memoria de este San Pafnucio el 3 de marzo ; otros el 29 de noviembre. No se encuentra su nombre en el ritual de los Griegos.

² *Vitæ Patrum*, Rufino, Casiano, Tillemont.

Patermucio. Su vida fué un tejido de prodigios y virtudes. Ni siquiera sé si lo que vamos á contar, bajo la fe de Rufino, será creído por muchos. ¡ Tan extraordinario es ! Pero, despues que Jesucristo dijo que la fe es capaz de trasladar las montañas de una parte á otra, nada debe admirarnos en estos Santos.

Mucio juntó en un principio los horrores del latrocinio á la idolatría. Fué un insigne ladron y se cubrió con toda clase de crímenes ; hasta tal punto que ni perdonó los sepulcros que eran respetados de los mismos paganos.

Dios cambió su corazon casi en circunstancias semejantes á aquellas en las que convirtió al Apóstol de las naciones ; es decir, cuando tenía la intencion actual de ofenderle, ó más bien, en el ejercicio actual del pecado. Había subido, cierta noche por medio de máquinas, al tejado de la casa de una virgen consagrada á Jesucristo, para tentar de penetrar dentro y llevarse lo que pudiese. Pero el Señor que velaba por la seguridad de su siervo, y quería hacer de él uno de sus más fieles servidores, no permitió que llegase á realizar su pernicioso designio.

Trabajó hasta muy entrada la noche, sin que sus esfuerzos le saliesen bien, y se fatigó tanto que, rendido por el cansancio, durmióse finalmente en el tejado. Mientras dormía, se le apareció en sueños un hombre venerable, le reprochó sus latrocinios y sus asesinatos, exhortóle á emprender una vida tan santa cuanto era horrible la que llevaba, y le hizo ver una numerosa hilera de solitarios, cuyo superior estaba él destinado á ser.

Al despertar, se encontro en tan diferentes disposiciones de las en que se encontraba ántes, que no se reconoció, por decirlo así, á si mismo ; y en este momento presentóse delante de él la virgen cuya casa quería saquear, y le preguntó quién era y qué tenía que hacer en aquel lugar. Él estaba tan grandemente admirado que no supo qué res-

ponder ; pero, cobrando ánimo, le suplicó que le dijese dónde estaba la Iglesia de los cristianos.

La sierva de Dios comprendió que habia allí algo extraordinario. Díjole que la siguiese y le llevó á la iglesia, donde le presentó á los sacerdotes. Mucio se arrojó á sus pies para suplicarles que le recibiesen en el número de los fieles. Pero él estaba tan grandemente desacreditado por sus crímenes que temieron que el paso que daba no ocultase algun mal designio, y no quisieron fiarse de su humillacion.

Su perseverancia les convenció por último de su sinceridad. Empezaron á instruirle y á darle por primera leccion aquellas palabras del salmo : *Bienaventurado el hombre que no se ha dejado llevar de los malos, etc.* Mucio encontró en ellas mucho que meditar ; y despues de haber permanecido tres dias con aquellos sacerdotes, se retiró al desierto para reflexionar más á su gusto con toda la amargura de su alma sus pasados desórdenes. Allí permaneció largo tiempo, pasando los dias y las noches llorando y orando, y acompañando su oracion con una rigurosa abstinencia.

A este tiempo puede referirse la tentacion que Rufino dice que tuvo al principio de su conversion. El demonio, que conocia cuál habia sido su avidez por el oro y la plata, le mostró grandes tesoros escondidos en tierra, que le dijo haber sido puestos allí por Faraon. Pero Mucio, en quien la gracia habia cambiado enteramente el corazon, le respondió valerosamente : ¡ Que tu plata perezca contigo, espíritu malaventurado !

Despues de estas primeras prácticas de penitencia, volvió á la iglesia, en donde los sacerdotes, viendo cuánto se habia aprovechado de sus primeras instrucciones, diéronle otras más extensas. Bien habrían deseado retenerle en su compañía y hasta le instaron á ello ; pero para no faltar á la obediencia se contentó con permanecer toda una semana con ellos, despues de lo cual, siguiendo el atractivo

de Dios, al cual no pusieron obstáculo, se retiró del todo al desierto.

Copréz, de quien hablaremos muy pronto, y que contaba esto á Rufino, dice que fué el primero que habitó esta soledad ; lo cual debe entenderse de aquella parte del desierto que está al medio dia de Hermópolis, y más allá por este lado que el monasterio de San Apolon. La vida que allí llevó no fué más que un ejercicio continuo de los más rudos trabajos de la penitencia. Perseveró durante siete años en aquel estado de purificacion, despues de lo cual Dios, por su infinita misericordia, comenzó á favorecerle con sus gracias extraordinarias que hicieron de él un hombre de prodigios.

Sabia de memoria casi toda la sagrada Escritura. No tenia otro alimento que el que le venia del cielo ; pues todos los domingos, despues de la oracion, encontraba delante de él un pan que ningun hombre habia traído, el cual comia con acciones de gracias, sin que tomase otro alimento en toda la semana ; lo cual hace ver que Dios le habia descargado de toda solicitud por las necesidades de la vida, á fin de que no tuviese otra ocupacion que la de contemplar sus divinas perfecciones.

Aun cuando un hombre tan favorecido del cielo, pudiese, segun parece, presentarse al público con seguridad, no se apresuró á hacerlo sino que aguardó á que Dios le diese á conocer su voluntad. Entonces se mostró un poco y dejó reflejar á los ojos de los hombres aquellos vivos rayos de santidad que hasta aquel momento habia retenido en la oscuridad de su retiro. Pronto tuvo un gran número de discípulos. Los unos se juntaron á él en el desierto ; los otros, sin abandonar el lugar de su morada, recibieron sus instrucciones y fueron fieles en seguirlas. Asi que Mucio dividió sus cuidados espirituales entre la soledad y las ciudades circunvecinas, en las que habia formado discípulos,

á quienes visitaba algunas veces para conservarles en el fervor de su devocion.

Revistió el hábito monástico á los que le siguieron al desierto, de cuyo número fué Coprés. Este hábito consistía en una túnica de lino basto, una capilla y un manteo de piel de cabra. Como tenía la devocion particular de sepultar los muertos y procuraba acomodarlos con limpieza con los hábitos con que los cubría, uno de sus discípulos, viéndole un dia ocupado en este piadoso oficio, le dijo que desearía grandemente que cuando él muriese, le acomodase su cuerpo de la misma manera. Así se lo prometió, y le dijo igualmente que le cubriría tan bien que, aun cuando estuviese muerto, le diría que era bastante.

Poco tiempo despues, se encontró en el caso de cumplirle la palabra. Este discípulo murió. El Santo hizo con él lo que le había prometido, y le preguntó si había hecho bastante; á lo cual el muerto respondió con voz distinta que todo el mundo pudo oír: « Esto me basta, padre mio; habeis cumplido vuestra promesa. » Esta maravilla llenó de admiracion á todos los concurrentes; pero Mucio, temiendo los lazos de la vanidad, se retiró pronto á su desierto.

El zelo que tenía de la salvacion de sus discípulos, le dió pié en cierta ocasion de hacer un milagro de los más extraordinarios, que contaremos, basados en la fe de Rufino. Él había salido de su desierto para visitar á los hermanos que tenía bajo su conducta. Por el camino, Dios le dió á conocer que uno de ellos debía morir pronto y que estaba en los últimos extremos. Sin embargo, el sol iba á ocultarse, y él temía que le sorprendiese la noche antes de que pudiera llegar al lado del enfermo ó que ya no le encontrase con vida. En esta perplejidad, su caridad le llevó á rogar al Señor que pudiese llegar allá antes de que se hubiese puesto el sol; pero por más diligencias que hizo,

el enfermo murió antes que llegase. Si Dios no oyó su oracion, puede decirse que fué para dar lugar á una maravilla mayor.

Mucio, viendo sin vida á su discípulo, se le acercó, dice Rufino, le besó tiernamente y le dijo: « ¡ Qué preferís, hijo mio: dejarnos á nosotros para estar con Jesucristo ó morar todavía en este cuerpo mortal? » El muerto recobró la vida por algunos instantes, levantó la cabeza y le dijo: « ¿ Porqué, padre mio, me llamis del otro mundo? Mucho más ventajoso me es estar allí con Jesucristo, y nada me obliga á desear morar sobre la tierra » « Pues bien, le replicó Mucio, descansad en paz y rogad por mí. » Al mismo tiempo, este buen solitario bajó la cabeza y durmió como antes el sueño de los justos.

Yendo tambien á visitar á uno de sus discípulos, le encontró muy enfermo y además muy turbado de conciencia; de suerte que sentía una gran pena en resolverse á morir. « Por lo que veo, le dijo Mucio, vos no os habeis preparado para este último paso, y vuestra conciencia os reprocha la flojedad en el servicio de Dios ¿ porqué, pues, estais tan mal dispuesto para un tan importante viage? » « Os suplico, le respondió el enfermo, que rogueis al Señor se digne concederme todavía un poco de tiempo para corregirme de mis faltas. »

« ¿ Pero qué? respondió Mucio ¿ pedís tiempo para hacer penitencia cuando estais al final de vuestra carrera? ¿ y en qué habeis empleado el que habeis tenido hasta ahora? ¿ quién os impedía entonces curar las llagas de vuestra alma? Pero estabais muy alejado de ello; puesto que en lugar de hacerlo, añadiais otras nuevas. » El enfermo persistía siempre en suplicarle que le obtuviese de Dios la próroga que le pedía. Finalmente Mucio le dijo que, si estaba resuelto á cambiar, Dios prolongaría su vida por algun tiempo más y, habiéndose puesto en oracion, después

que la hubo acabado, añadió: « Dios os concede todavía tres años de vida, á condicion de que os aprovecheis de ella para hacer penitencia y corregiros. » Al instante le tomó por la mano, le sacó de la cama y se encontró tan curado que siguió al Santo al desierto.

Al terminar los tres años, Mucio le llevó al mismo sitio en donde le había tomado; pero estaba tan cambiado que le hubiesen creído un ángel. Estando reunidos allí muchos de los hermanos, el Santo le puso en medio de ellos y, habiéndoles hecho un largo discurso que duró toda la noche sobre diversos motivos de piedad, y principalmente sobre la perfecta conversion de su discípulo, principió este á adormecerse, y poco después tomóle el sueño de la muerte. Hiciéronse por él les oraciones de la Iglesia; y Mucio, después de haberler sepultado, volvióse á su soledad.

Copréz contaba todas estas cosas á Rufino y á sus compañeros. Díjoles también muchas otras maravillas; pero mientras que las iba detallando, enfadándose uno de la compañía de esta relacion á la cual no daba mucha fé, dejóse llevar un poco del sueño, y parecióle ver un libro escrito con caracteres de oro en las manos de Coprész y después de él á un venerable anciano, cuyo rostro estaba todo resplandeciente de luz, quien le dijo con tono severo: « ¿Porqué no escuchas con atencion lo que se dice y porqué te dejas dominar por el disgusto que te produce tu incredulidad? » A estas palabras, despertóse con sobresalto y todo turbado, y contó á sus compañeros, en lengua latina, la vision que acababa de tener.

Casiano habla de un solitario, llamado Mucio, á quien no hay que confundir con este de quien acabamos de tratar (Vit. PP. l. 4, c. 28.). Lo que de él cuentan es más admirable que imitable; y debe mirársele como uno de aquellos ejemplos extraordinarios que no podrían alabarse si no

se reconociese en ellos una particular inspiracion de Dios justificada por los efectos.

Dice, pues, que este Mucio era un hombre que no tenía más que un hijo de ocho años y quiso retirarse con él en un monasterio de Egipto, del cual no señala ni el lugar ni el nombre. Estúvose largo tiempo á la puerta antes de ser en él admitido, y no fué introducido al mismo sino con una gran dificultad, porque no era costumbre recibir en él á niños tan jóvenes, aun cuando esto se hizo en otros monasterios, como lo veremos hablando de los religiosos de Tabennes.

Cuando se les hubo recibido, queriendo el abad probar la virtud del padre, ó purificarle de todo afecto demasiado natural, á fin de que vacase enteramente á la renuncia interior y á adquirir la perfeccion religiosa, le separó de su hijo, cuyo cuidado confió á otros hermanos, y ordenó que descuidasen mucho sus vestidos y hasta que le maltratasen con frecuencia, en cuanto su jóven edad lo permitiese; de suerte que jamás aparecia delante de su padre sino cubierto de andrajos, y frecuentemente le castigaban en presencia suya.

Con ello había para enternecerle el fondo del corazon, por poco que le quedase de teruura natural; pero este padre, muy lejos de mostrar por ello sentimiento y tristeza, sufría con dulzura esta terrible mortificacion y la ofrecía á Dios en continuo sacrificio.

Finalmente el abad para acabar de asegurarse del todo de su virtud, fingiendo un dia estar irritado contra el niño y no poderle sufrir más, dijo al padre que lo tomase y fuése á arrojarlo al rio; y al instante lo tomó y corrió hácia el rio para hacer lo que se le había mandado, no considerando que iba á inmolar á su propio hijo, y pensando más bien con toda sencillez que el superior tenía muy justas razones, y que le eran inspiradas de lo alto, para prescribirle un mandato tan extraordinario.

Iba, en efecto, á arrojarlo, cuando unos hermanos á quienes el abad habia antes enviado expresamente al rio se lo impidieron por órden suya, y el abad supo al instante por revelacion que la obediencia de Mucio habia igualado á la de Abrahan. Poco tiempo despues, viéndose el abad próximo á morir, le designó á sus religiosos para sucederle en su cargo; no pudiéndoles dar superior mejor que el que tan perfectamente habia sabido obedecer.

No es este el único ejemplo de una tan extraordinaria obediencia, que nos refiere la historia de los solitarios. Severo Sulpicio, en sus diálogos, cuenta uno casi semejante á este. Sobre lo cual puede consultarse tambien á Gazeo en sus Comentarios sobre Casiano.

Mucio, como ya dijimos, formó tan bien á Coprés en las virtudes religiosas (Vit. PP. l. 2, c. q y l. 8, c. 54.), que pronto fué ordenado de sacerdote, y gobernó á su vez á muchos solitarios. Habia recibido de Dios el don de hacer milagros, como curar los ciegos y lisiados, y arrojar los demonios de los cuerpos de los posesos. Pero su humildad le llevaba á mirarse como muy inferior á su bienaventurado padre y á los otros santos solitarios que le habían precedido y de los cuales contó algunos rasgos de virtud á Rufino y á los que le seguian.

Tuvo la dicha de atraer á la fe á muchos paganos que moraban en aldeas poco apartadas de su monasterio; y extendiéndose tambien su caridad á sus necesidades temporales, como su pais era estremadamente estéril, bendecía arena que ellos mezclaban con la semilla, lo cual les acarreaba todos los años una abundante cosecha.

Cultivaba por si mismo un jardincito, en el que plantó palmeras, diversos árboles frutales y yerbas para dar á aquellos que le iban á ver. Un pagano se atrevió cierto dia á ir á robarle sus yerbas; pero cuando quiso hacerlas coacer, no pudo jamás lograrlo, por más gran fuego que hizo.

Así que, viendo que despues de haberlas dejado en él por mucho tiempo, estaban tan frescas como cuando las habia cogido, este prodigio le hizo entrar en sí y fué á restituir las yerbas al Santo, haciéndose cristiano.

Habiendo ido á una ciudad vecina, encontró en ella á un doctor de los Maniqueos que seducia á los habitantes, y entró en discusion con él. El herege, hombre sutil, eludía artificiosamente las dificultades, no pudiendo resolverlas. Pero Coprés, para confundirle por un camino más corto, le dijo que convenia decidir las cuestiones con algun milagro, y propuso hacer encender un gran fuego en el que entrarían los dos, y que se reconocería por verdadera la doctrina de aquel que fuese respetado por las llamas.

Todos los concurrentes, que eran en gran número, aplaudieron la proposicion. Encendióse el fuego y Coprés tomó por la mano al Maniqueo para entrar juntos en él; pero este se escusó, diciendo que debían entrar separadamente y que, puesto que él le habia retado, á él tocaba comenzar. Coprés, seguro de la bondad de su causa y de la proteccion de Dios, cedió al instante y, habiendo hecho la señal de la cruz é invocado el nombre de Jesucristo, se arrojó decididamente en medio de las llamas, en las que permaneció cerca de media hora sin sufrir lesion alguna, pues ellas se apartaron en el momento en que entró; y todo el pueblo, testigo de esta maravilla, bendecía al Señor con grandes aclamaciones.

Cuando Coprés salió del fuego, instaron al Maniqueo á que entrase en él á su vez; pero este, no pudo resolverse y viendo su negativa, le echaron por fuerza y, aun cuando al mismo tiempo se salió de él, salió medio quemado. El pueblo, indignado, le arrojó de la ciudad con grandes chiflas, gritando detrás de él que era un impostor y que era necesario quemarle vivo.

Coprés envejeció en su soledad. Tenia cerca de ochenta

años, segun la cuenta latina de Rufino, ó noventa, segun la griega, cuando este fué á verle ; esto es, segun Tillemont, en 394. Antes de este año, por consiguiente, murió Mucio, su padre espiritual ¹.

LA CIUDAD DE OXYRHYNCA ²

Oxyrhynca fué la ciudad de los monjes. Rufino nos la representa más bien como un solo monasterio que como una ciudad compuesta de habitantes de diferentes estados. No se contaban en ella menos de diez mil religiosos y veinte mil religiosas. Los antiguos edificios públicos y los templos dedicados antes á las falsas divinidades, estaban cambiados en habitaciones de monjes. Veíanse en ellas más monasterios que casas particulares. No habia allí siquiera una sola torre, ni un solo rincon en las murallas que no fuese habitado por solitarios, los cuales cantaban noche y dia por todas partes las alabanzas de Dios y convertian esta gran ciudad como en un solo templo consagrado á su divina Magestad.

Además de las capillas particulares de los monasterios, habia doce iglesias en las que se reunía el pueblo. Sus habitantes eran tan inclinados por su piedad á ejercer la hospitalidad para con los pobres transeuntes y los forasteros, que ponían personas espresas en las puertas de la ciudad para ver cuándo apareciese alguno de ellos, y entonces se

¹ El *Martirologio Romano*, el 9 de julio, hace mencion de San Paternicio y de San Coprés, mártires, y por consiguiente diferentes de estos.

² Oxyrhynchus, ciudad del Medio-Egipto, sobre la orilla izquierda del Nilo, se llama hoy dia Behnese. Era llamada Oxyrhynchus, á causa de un pez de pico puntiagudo que allí se adoraba.

disputaban la ventaja de darle alojamiento. Su caritativa emulacion se manifestaba principalmente cuando llegaba algun solitario. Veíaseles salir corriendo á su encuentro, como si fuese cuestion de recibir á un ángel. Cada uno le tiraba por su lado, unos por el brazo y otros por la capa, para llevárselo á su casa.

Rufino dice que en su tiempo no habia en esta ciudad, muy grande y poblada, ni un solo pagano ni un solo herege ; y que el obispo podia predicar con toda libertad en las plazas públicas como en las iglesias. Sin embargo ella habia estado algun tiempo antes envuelta en la persecucion excitada en Egipto por Jorge, aquel falso patriarca de Alejandria, en donde le habian colocado los arrianos, despues de haber arrojado de allí á San Atanasio. Teodoro, entonces obispo de Oxyrhynca, que no merecia gobernar un rebaño tan santo, tuvo la debilidad de echarse al partido de este intruso, hasta llegar á hacerse reordenar por él.

Su caida causó grandes disturbios en Oxyrhynca. La parte más sana del clero y del pueblo se separó de su comunión, y esta iglesia fué gobernada durante algun tiempo por los sacerdotes y diáconos. Un solitario llamado Pablo, mostró en esta ocasion su zelo por la defensa de la divinidad de Jesucristo, y ayudó poderosamente al pueblo,

¹ Lucifer, obispo de Cagliari (Cerdeña), se distinguió por su zelo contra los arrianos y fué uno de los más zelosos defensores de San Atanasio ; pero demasiado absoluto en sus ideas, encontró que el concilio de Alejandria habia hecho concesiones vituperables, á los arrianos, diciendo que los que se arrepintiesen serian dejados en sus funciones ó repuestos de nuevo. No está demostrado sin embargo que se separase enteramente de la comunión de los que admitian el concilio, y por consiguiente de la Iglesia ; pero tuvo partidarios que llegaron hasta allá y á quienes se llamó luciferianos. Esta secta no tuvo numerosos adeptos y no duró mucho tiempo.

En el siglo trece hubo otros luciferianos ; pero estos llevaron tan lejos los errores gnostico-maniqueos que adoraban como á Dios al jefe de los ángeles rebeldes.